

LA LUZ DE MARÍA

D. IV de Adviento (B) Lc.1,26-38. 20 de diciembre de 2020

Dios propone a María su implicación en la “nueva historia” de la humanidad. A pesar de todos sus temores y perplejidades, ella, desde su humildad y sencillez y sin saber siquiera lo que esto pueda suponerle en el futuro, decide salir de sí misma, abrirse a los demás, e iniciar un nuevo mundo: el de la “comunión”, la interrelación, el “nosotros”. **Con el “sí” de María se abre la posibilidad de una nueva era.**

El rey David sueña con construirle a Dios un templo tan hermoso o más que el palacio donde vive. Pero el profeta Natán lo desengaña: ¿cuál es el “templo” que quiere Dios?

«Aquella noche vino esta palabra del Señor a Natán: Ve y habla a mi siervo David: Así dice el Señor: ¿Tú me vas a construir una casa para morada mía? Pues bien, el Señor te anuncia que te va a edificar una casa. **Yo suscitaré descendencia tuya** después de ti. **Será él quien construya una casa a mi nombre** y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. **Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes** ante mí, tu trono durará para siempre» (1^a lectura: 2Sam, 7,1-16).

El “templo” de Dios es un “Pueblo” nuevo, construido con las piedras de las relaciones fraternas, de los cuidados de la tierra y de los hombres, y sobre todo de los pobres y vulnerables.

El Ángel Gabriel se hace profeta ante María:

«Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin» (Evangelio: Lc 1,26-38).

